

ROGELIO SAUNDERS
Crónica del decimotercero

bokeh ✱

© Rogelio Saunders, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN 978-94-91515-37-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Miró. Mironeó. Ojeó sin ojo. Colgadizo. Voladizo. Talmudos. Farallones. Y siempre el misterio de la mano. (Eso era lo que buscaba, arriba, con un fruncir, un tirón de piel. Buscaba. Ojironeaba. Boca-rodillo. Boca puño de mimo. Ruedas, siempre ruedas. No había nada arriba. Nada debajo. ¿Dónde estás corderito? Con un único pelo en la cabeza, curvado como una uña de cuervo. El cuadro. El sajón. Sajado, sin reverso. No miró. Los ojos en lo alto de la cabeza. La cabeza en lo alto de los ojos. Ojo-cabeza. Cabecita calcinada oh cabecita. Cabecita que rueda. Lápiz abajo, muslo abajo. La repetición pero: ¿era eso? Eso no era eso. No eso no era. ¿Ésa? No la vieja emoción.) La mano. La no mano. La inmano. Sí: la mano mana. Historias banales en la desaparecida. Si quiere saber la verdad, nunca entré en ese edificio. Ji ji. Que se prolongaba allá arriba como el parapeto en la niebla. Frente-objeto. Párpado bajizo. Oh párpado. O mejor dicho: ¡qué viaje! Y mejor dicho aún: ¡qué parapetos! Así cada día más lejos del teatro. La cabeza pequeñita, arrugada como una ciruela. En fin en fin. El hambre en la mirada. El mironeo-borroneo. Sin perímetro. Sin rueda o ronda. Rotar ator rota. Dentado a desdiente. Siempre mintiendo. Las grandes masas de agua batiendo-borrando, borrando-batiendo. Toda historia, toda cara. Toda caricia, toda frente. Sin madre, sin hijo. Agarrado al dolor como a un clavo ardiendo. ¿Qué lo haría posible? Alcabaleros-gaviotas aleteando

en el ojo. Riña junto al astrolabio. El hambre en la mirada. Lo crudo de la velocidad. Tantas cosas sin terminar. Mejor: todo caminos. A compás. Los músicos muertos en el redondel del subterráneo. Qué voz es ésta. Los muertos caminando por una calle en pleno día. Esa muerte incesante, esa sonrisa incesante, ese bordoneo-borroneo. Cero o uno. Igitur o moritur. Dos que no separan. Moviola inmóvil. Aleteo continuo. La boca de pigmalión cosida por el fuego de lo que no habla. Fuego que enfuega. Las nubes precipitándose como una manada de ovejas en el embudo del enano. El muslo prensil en primer plano. La gorda carnaza blanquecina rozada por una hoja verde brillante de seda o plástico. ¿Oyó la polea? ¿Quién oyó?

Pensaba que era la repetición pero no era. No hubo un: oh. ¿Habló usted del desierto? La sábana es una sola, se lo digo. De principio a fin sin fin ni principio. Trato de ver el principio pero sólo doy pasos en los pasos. Maneo entre las manos. Trato de hacerme entender y es cada vez más imposible. Ecolalia del eco. Quieto sí en el nodijo. Anunciación o renuncio. Ver para no creer. No ver y no creer. El paraver del queso o jalea (O, dijo) sin principio o fin. Digo principio, digo fin.

Mira a unos niños jugando y verás que alguien ríe y alguien llora. Es toda la historia humana. Siempre oscuridad y claridad. Lo oscuro y lo claro. Kaminsky. Cayó la mano, el arco, el ojo. Manita en el suelo. Lo verdadero, lo falso. La noche, etcétera. El mar, la noche, el glóbulo en el suelo de la cubierta (¿un ojo?). ¿Por qué volvemos siempre allí? A dónde. La imposibilidad de volver dentro (o fuera) de la aún mayor imposibilidad de no volver. Cambió de ángulo. O: lo que cambia es el ángulo. El abrigo (gran hópalo) cruzando con lentitud la plaza. La ventana a lo lejos con las persianas muy estrechas, como un boceto de ingres. La boca amarga (lo amargo de la boca). La madre, la hija. La madre igual a la hija. La cabeza igual a la cabeza. Cabeza desigual, como una losa desigual. Enlosamiento desigual. Cabeza dismúltiple. Clavo igual a una estaca. Dijo que clavarán estacas en el barro que se fueron desclavando. Clavando desclavando sin solución de continuidad. Todo lo dijo y al mismo tiempo no podía recordar nada. Lo disoluto (lo irresoluto) de la continuidad. El faux pas, el: oh. Nada será recordado. Menos que nada la cabeza. Esta cabeza. Aquella cabeza. Siempre cabezas como estacas fluyendo en discontinuidad. Nadando en olvido. El olvido: más poderoso y creador que todo. Pensée detrás de toda pensée. ¿Dice que no sabe lo que hizo en su juventud? Tirar de la cuerda, dijo, seguramente, dijo. La cuerda, la imposibilidad de recordar. Todo eso, tirando

hacia abajo, las uvas negras o verdes, el gajo en forma de garra. El cuello, la desaparición. Eso: la desaparición. La imposibilidad de poder continuar mientras todo fluye en todas direcciones. Ni dicho ni por decir. Ni aquí ni allí, pierna escindida de Minoano. Pierna en la pierna. Brazo en el brazo. Lo oscuro y lo claro. Flores. No cruce: corte de caminos.

¿Y tú? Alguien no esperará. Por tanto, no es preciso callar. Es el brazo que vuelve en el brazo, rama en la rama. El ojo. (O: los ojos. Los miles de ojos disueltos como vigilantes, obsesivas cabezas. Allende todo cráneo, el infinito tintineo de la desaparición.) Ojo, rama, selva. Aparición, desaparición. Día o noche en los altos, inclinados, vertiginosos macizos verdes. Grandes masas de agua. Grandes puentes. Noche seguida de una ya no noche. La repetición como un grito profundo e inextenso despojado de todas las bocas. Miró y dijo: qué mano.

Oyó el golpe de la polea contra la ventana. La claraboya también podía imaginarse. Golpe de ojo y golpe de agua. Golpe insonoro despojado de todo silencio. La mano como signo que no señala a una cosa o una mano. Sacó una mano. Afuera no era distinto. Sol y luz y la palpable densidad no eran distintos. Vaya usted a saber cuándo o cómo. Muchos días y muchas noches m'hijo. Podía sacar una mano y podía sacar muchas manos. Era el olvido, el enjuto rostro de pigmalión con la boca abierta dentro del cristal de la claraboya. Todo continuaba sin las palabras dentro de las palabras, como si se hubiera suprimido lo que sucedía en arthur gordon pym antes del avizoramiento o azoramiento del fin que no significaba un final (aunque tampoco un comienzo). El pavor en el que el miedo no formaba parte. Sólo lo insólito: el oh que desenlosaba la cabeza. La pequeña cabeza de repente ya cabeza no. Risa no. Miedo no. Oh risa miedo cabeza miedo cabeza no. (Yo) dónde estoy dónde estoy dónde estoy (yo?).

Si fuera una historia comenzaría y terminaría en alguna parte. Mas lo interrogante e inagotable era el no. Siempre no. Nunca sí. O siempre no en lo (que) siempre (decía) sí. Sí sí sí sí. No.

Pero no: Así pues: no. Esas tablas con que se hacen los barriles. Las *duelas*. Una cabeza que pesa cada vez más y que cada vez se hace más ligera. Una risa inextensa despojada de la risa como un grito exactamente igual a una hoja. Que cae y que no cae. Sin estar suspendida (como el ojo), fluye. Como un barco, que no avanza ni retrocede. El barco, la palabra *barco*. Las duelas resonando bajo los pasos que no cesan. Que vuelven y se alejan. Se alejan. Vuelven. Trazando caminitos, telarañas espesas. De un mundo a otro mundo, de una cuerda a otra. Combinando una cabeza con otra cabeza, una mano con otra mano. Bach, ciego, ríe, mientras se recuesta lentamente en el camastro. Puede mirar por la ventana redonda, a través del espeso cristal, y ver el abrigo (gran hópalo) cruzando parsimoniosamente la plaza. Ve la plaza espaciosa donde caminan los pavorreales blancos, y el gran pájaro de alas de acero, rígidas. Sonríe, gran gnomo con el estómago lleno de olvido. Quién soy, dice, con un risita corta, cuyo eco resuena en la mesa de la cocina. Soy bach.

La patti eso es el arte. Qué arte ja ja. Eso es la patti. Toma el violín hermanita. Era de noche en los altos parapetos blancos. Todo era blanco, todo era noche. Oh góngora rojo. El rojo, la noche. La patti. El zapatón abierto en medio de la sala, espejeo del rebrillo, me fui y luego volví.

Había recuerdo y había no recuerdo. Pero siempre en el fondo era el reverso: el no recuerdo. A veces le gustaba pensar que tenía

tiempo. Cuando entonces una noche despertó y se dio cuenta de que alguien se había llevado el tiempo como una sábana succionada a través de un agujero en el suelo. El suelo, exclamó, eso era el teatro. No, indios y pigmaliones, ningún tiempo. No en el tiempo. Los dioses están vivos y no hay nada vivo que no sufra.

Cabeza-muñón. Cabeza-codo soluto.

Dijo que eso era la forma del futuro. Casi dijo: «Ah». Que eso era lo que recordaba. ¿Recordar al fin? Un gran relato nunca relatado. Ni dicho ni por decir. Era eso por fin: el no eso. Pero nada al fin sino sólo el fin, infinitamente. Cabeceo del moribundo o del nonato. Siempre por nacer, siempre por morir. Ya sin ánimo (sin cálamo) para otras cosas. Eso eso eso eso. Nunca eso pero siempre eso. Y no me diga que no comprende, pues no había nada que comprender. Siempre así. Muchos días y muchas noches m'hijo.

Me quito la máscara y ya no soy pedro de narváez. Negro golomón pedro de narváez. Piel oscura, más negra que la noche oh pedro pietro petrus stein. Ya no narváez no pedro. Quién soy quién soy. Sólo ese quién soy quién soy. Quién eres quién eres. Tún tún tún. Escaleras abajo, siglos abajo. Locura, locura. Nada más que locura. Eso eres. Rápido, como pies rápidos pisoteando pies rápidos. Incontables páginas, incontables caminos. ¿Y usted quiere que le cuente algo! Caminos que corren por detrás. Pies gordezuelos sobre calurosas duelas y el tuntuntún en la caja de resonancia del cráneo. La boca que se abre con repugnancia. El ojo que parpadea, como un boxeador que ha recibido un golpe en el hígado. No sabe lo que le pasa. Hiato entre el nosaber y

el nosaber, del que no se sigue ningún movimiento. Nada que esperar. Nada que de/escribir.

Ya sé que usted no puede ver lo que yo veo. Noche, fragmento. El «buonanotte» cada vez más lejano. Las hojas con su filo temible y el crujido de los pies perseguidos por otros pies invisibles. No era una respuesta, sino la imposibilidad de abandonar lo imposible. Ese irse pero siempre volver. Ese acercarse cada vez más en la más perentoria lejanía. La necesidad de la lejanía. Y ahí entonces la imposibilidad de abandonar lo imposible.

Pues ello mismo era el esfuerzo o, si se quiere, el teatro. Selva de sombras, tanto más verdadera. No poder ya creer y, por tanto, no poder ya ser. Sólo en parte, como una pieza movida en el frío. Al darse la vuelta como un puro movimiento imaginario, podía ver la escora en escorzo pero intocable y lejana. El ojo u ovo adherido a la duela. Qué forma, qué futuro.

El reaparecer de la cara gorda con una nariz prominente. Buonanotte. El paso desigual en la noselva. Volviendo y alejándose. Nunca pensó que el sonido de la fanfarria lo atraería de ese modo. El rebrillo del metal. Una mano adelantándose entre las hojas, sin señalar algo. Una mano, el esbozo de una mano. Tropel presunto. Eso debería ser todo.

O lo sería. Sin oír nada. Sordo tropel.

Todo era un sueño de golomón. Sí todo, incluido ese oh pedro gran cabeza de vaca gran cabeza de perro. Perro en la hojarasca, con el hocico lleno de polvo. Intentó reír. ¿Qué diablos quería

decir aquello? O bien: a saber quién era golomón. Las ciudades continuas (las eras continuas). El que no ha venido ya no vendrá. No había forma alguna de comparar la narración con el relato. Ni flujo ni aflujo. Ah: volver. Pequeños guiñoles en las hendeduras de las duelas. Cabello rielando y la suelta comisura espesa como el espeso y rallado cristal de la claraboya, nada cristalino. Ah:

¿Era la semántica o el cloqueo cabeceo de la marioneta cuyos minstreles estaban sumergidos en el agua? No sino el nomasallá, sin selva. Ojo con ojo. Borde con borde. Pulpa con pulpa. Blanco: negro. Nigredo. Quiso decir. Quiso sonreír. Vea en mi mano. La sombra en lo opaco, sospechando el teatro del fin o ella misma ese teatro despojada de toda reflexión: el puro reflejo en ese movimiento ya sin fin que era el desastre abierto a la imposibilidad de un pensamiento del desastre: la infinita incapacidad del pensamiento para hacerse de una vez por todas con el todo impensable aunque inminente del desastre.

Qué desastre.

Mano manajo en la nuca.

Boquita pintada de inés, ala de bruja en el ramaje (ramal). Rama seca, boca seca. Espesor de la hoja, curva como el pico del cuervo. Seré alto y tendré cien brazos como el gigante briareo. Ja ja, rió Golomón. Ja – Ja – Ja – Ja. Aventó. Barloventeó. Oteó. Aojó. Ja ja. Pasos rápidos de pies descalzos en la madera sin resquicio. La lámpara: O – jo-. Cenizas. Sin escuchar, oyó. La risa. Oh. Canción estival. Pongan esa silla allí, esa mesa allá. La mano. Qué cansado estoy. Fulgor de la mano que en otro tiempo se apoyó en el pecho. Hueco luminoso y fugaz, como un pie que hollase una duna. Hollase: fugó. Fugaz: [como] todo fulgoneo de la lengua. ¡Aquí! Había entusiasmo en la voz, en la boca golpeada por la arena. Boca fugaz, que la arena convirtió en piedra. Boca-pedruzco. Stein. Monumentos sí de arena y agua. Un gran puente alzado en la noche y sólo visto en la noche. Imponente,

sin música. Grandes paredes de agua. El agua sigue su curso y nosotros también. Nos sospechamos a nosotros mismos, cabestros presuntos.

El cambio de mano o el golpe de mano. Zig

zag.

– Ahí fue donde se detuvo.

– O, con mayor razón: ahí fue donde continuó.

Uó. Uó.

Ya sabe (¿lo sé?) que es un círculo o se aproxima infinitamente a él. Como todas las cosas pero, como le digo, sin música. Un: ya está. ¿También el error? Vuélvase hacia este lado. Vuélvase hacia el otro lado. ¿Un: ya está? No lo sé, no lo sé.

Es una mano que tira de la mano. ¿Otra mano? ¿Otra nuca? Locura, dijo tambaleándose el gigante de pelo amarillo. Pero entonces, ¿quién podría detener a la mano? No se puede detener lo que no existe. Se inclinó y el sol le dibujó la cara. Era como una carta: querido amigo... Veía a Inés como una caravana de prostitutas que acababan de terminar su jornada de trabajo. Gran recuperación de nombres que podría continuar infinitamente. (Pero no (dedo en el lunar amarillo del sol). No). Trató de tachar eso como si estuviera mirándose por encima del hombro. Lo escrito, escrito está. Es algo que se hace solo, que aparece, que surge. Ni olvidado ni visto. El verde profundo de los campos alzados en vertical. El agua sin fin. Y ese surgir no es ningún secreto ni hay en él reflexión alguna. Miró en redondo con su ojo de batiscafo, rasando el pliegue vítreo donde bordoneaban los sospechados alares, enrejados y parapetos. (Luego

soles, empoblamientos triviales. Charcos, mundos.) Y el pásalo-todo-doble, blancodearmiño, colgaba imperfecto del clavo mohoso donde también alguna vez había colgado el resobado uniforme.

Mapa y melodía de la cabeza. Disueltos de la música. Cabeza disuelta, perímetro. Sin comienzo. Sin antecomenzo. Qué cosa es un hombre, qué cosa es una cabeza. Todo un viaje o todo unos infinitos. Selva, te busqué. El eco perpetuo, semejante a la fila de ratas que sustituyeron a las ardillas. Equivocarse. Equivocarse otra vez. Siempre el equívoco, la musiquita de la perdición.

En dónde. O mejor: siempre. Seguir una página o un ojo. Ya sin inés, el zeugma que lo arrastraba con invisible besuqueo.

Sí. O más bien: no. Volaverunt. Corrió con los otros. Campos. Campos. Campos. Sobreluchas. Ese verde y ese azul. Y luego se perdió todo. Rió. Qué mapa, qué cabeza. Piezas sueltas y la indecisión de siempre. Si quiere diálogo, observe el perímetro. Observe el recorrido sin pausa, párrafo y ocasión. O más bien: sólo ocasión, sólo ocasión. Ocasión sin fin. Pero precisamente porque sólo hay fin. Recomenzo del fin.

Historias atadas a una verja. El infinito del deseo o de la suelta memoria. El sueño, el modo. Siempre otros, como las cabezas. Como el amarillo sol, desteñida cabellera rubio platino. Como el charco, aceitoso. La noche, las hojas. El paso triunfal del soldadito con su bayoneta de plomo. Los alares cosidos a las aceras. La continuidad del olvido y los ojos húmedos del perro. La espalda resobada cosida al pavimento, como una sombra a otra sombra. Tengo que decírselo, sin que sea posible ninguna explicación o un quién en

lo que se dijo o por decir (nunca visto o dicho). Ese decir sin (ese no decir sin fin), hueco en el brillo de todo sol. Y nunca detenido, abierto y cerrado como la boca de una claraboya. Ojo perplejo-desparejo del tramoyista que mira entre la estopa blanquecina. El cansancio más allá de los tropes indetenibles. Las palabras nubes inmóviles en el azul promedial sin ocaso que lo tiñe todo de azul (la hoja, hoy). Azul y verde que no dejan lugar a dudas. Sin crujido, sin resquicio. Pura resonancia de oído. Pérdida sin fin. Desinencia y nunca sí (aunque tampoco no). Una noche y otra noche. Imposibilidad de correspondencia entre la cabeza que mira sobre el balcón y la mano que cuelga floja sobre la baranda del balcón. Nada de mirar con unos ojos o apropiarse de una cabeza, si es que me entiende. (Pues no –un burbujeo entre los manglares. ¿Es éste por fin el mapa, ya que aquí hay (o habría) muchos? Quién habla de mapas. Chac chac. Y quién ha hecho ese ruido. Ah: todo se fue. Nunca encontraremos el mapa. Te he dicho que me devuelvas el catalejo. O mejor: «era como mirar a través de un catalejo, o de un hueco en el bosque». El infinito mapeo sin mapa, el corazón del vivo y el corazón del muerto. Sin libertad y sin oscuridad. Ya casi nada más que esta casi libertad sin límites. Dentro de lo que está dentro sin dejar de haber estado nunca afuera. O fuera. Huella sin palimpsesto. Pues no y entonces esto. El siempre entonces de esto: dedo liana de manglar. Suben y bajan las cuerdas y los ojos rasan, las lajas rozan. Veo en el opaco cristal al artista en toda su dimensión dando un gran bocado. Es un camarote de 1.5 x 2.5 tal vez al mediodía. La madera, con brillo de falleba y contrafuelle. El salado sin olivo y el ondulante horizontenivel. Grapas mordidas por el salitre y el miedo. Una boca que chasquea sin dirección y el enorme cuerpo sentado que ninguna mano-manojo acaricia, disculpa. Oh mano en la nuca, persistente. Oh manita en la nuca. Viejos olores sacudiendo las entreabiertas narices del goloso golomón. Ahí terminó todo. Pulso del ombligo: ojo redondo sedoso-leguminoso

palpoplejeando debajo del agua.) ¿Se ha fijado en cómo se parece esto a un desierto? Francamente, no. Sólo esta libertad: ninguna otra. Y yo le digo que no sabe nada. En efecto: nada no sé nada. No sé nada no. Ah –dijo. Ah.

El relato dentro del relato. Pero la narración nunca será como el relato. Por aquí no hay salida, señaló. Y por aquí tampoco. Ojo-ombliigo que parpoplajea en la luz, como el parpadeo de muchos niños que nunca van a nacer (¡Nosotros!, exclamó). La esperanza furibunda que cruza el yermo de la frente como un relámpago. La mano que cuelga floja de la baranda del balcón, casi feliz, incapaz de salvar. El ojo, etc.

No les dije (¿dijimos?) que tomaran ese camino, porque el agua es insobrepasable. Esas grandes farallazos (mientos) de agua, esos ensabanamientos verdes precipitándose sobre el escenario. Los enanos atónitos ante el relumbrón de la linterna dentro de su sueño amarilloverdoso. La máquina dando grandes pasos. La arena sin fin tragando cuerpo tras cuerpo, cabeza tras cabeza («muchos días y muchas noches, m'hijo»). El ruido perpetuo, lejano-cercano. El corazón del muerto y el corazón del vivo. Boca constante abierta, insepulta. Sordo cronometreo-desequeo de esquirla con esquirla, metal con metal. . .

Cloc

Cloc

Cloc

Emociones. Locura. El pie salió (bajó y se apoyó en el escenario) y había (era) la presunción de un centro.

¿Dónde estoy (yo)?
Tú estás muerto, pedro.

El centelleo de masas. No somos y no éramos. Revuelo y desaparición de los mapas. Lo ligero soñado, inalcanzable. Golpe de la ola. Ah: volver. El ojo a lo largo del perímetro: pies de niños corriendo por el soloborde. Subiendo, bajando, sin descanso, sin fin (sin fin, sin descanso). Y así también infinito e infinitesimal el error del ojo, la cadera hinchada y suelta, el pensamiento disuelto, la arena, la arena. Muchos días y muchas noches, m'hijo. Movi6 una pieza. ¿D6nde era eso? Llovía. O: debía haber empezado a llover. ¿Quién no ha visto esas rayas verticales? Al evitar eso: la mano describe una curva. ¿Qué estamos haciendo? El ruido: lejano-cercano. No hay ninguna huella aquí. Allí tampoco. Nada había (ha) comenzado.

Oh.

Nada se mueve.

Oh.

Mueve—Fuga.

Etc. Pues.

La mano floja, perseverando en la floja. Manoflojeando sin fin. Sin fin discontinua. Mano-manojo redonda, desgajada de todo continuo. Insepulta. Flojeando en la baranda, soldada al fragmento de calle, de cielo, al rostro tajado en diagonal. Nada. Todo.

Oh.

Ex—abrupto. Vertical.

(Busquen, ahí.)

Chillido. Correteo-pisoteo. Quién soy yo quién soy yo. Ni ellos ni nosotros. Nada. Nada.

Usted cree. Ojalá creyese (era). Otro tiempo. Éste y otro. La continuidad del olvido en la que de pronto aparece una cabeza. Y:

¿qué cosa es una cabeza? O: ¡Vaya cabeza! O bien: ¡Qué cabeza la mía! Pero si se supiera realmente a quién pertenece la cabeza. Más aún: la palabra cabeza. Más aún: la mano, la palabra mano. La nuca parlanchina, buscando una salida. Ojo en espejeo. Buscando una salida. Por aquí no, por allá tampoco.

Ja! –dijo.

¿Dichosa edad y siglos dichosos? La ventana sigue abierta y también hay un canalizo. No puedo decirlo de otra forma. No hay nada verdadero. La mano floja busca. La cabeza floja sigue a la mano. Rallado en seco. Sajo.

No hay nada verdadero.

Mapeo sin mapa. Cabeza sospechada redonda. Tramoya, máquina de lo histórico sin historia. Hueco o pozo de la cabeza excavada (tajadas y tajadas y tajadas) por la acción pura. ¡En qué ha venido a parar todo! Ella lo vio. Ella lo dijo. Todos como muñecos de anchas sonrisas anchos pómulos inclinados en el grueso cristal mirando mirando qué. Globos ávidos tomados de frente por la luz y en la espalda por la oscuridad. Caramanchones asimétricos. Sin pecho ni espalda, anónimas ingurgitaciones de papel. Tan pronto reducidos al tenebroso rompecabezas como agrandados en copa sin continuidad. Lazos: ausencia de lazos. Siempre desperejos aspejos disuejos.

La isla era la meta o sueño. Pero la cabeza no da cuenta de sí misma. No estaba para cuentas ni cuentos. Todo era todo y en ello ca(er)ía el problema. Pero no había ningún problema. (Hoja, gota).

Hoy.